

HASTA PRONTO

El milagro no se produjo. Leo en Canarias la noticia. "Ha fallecido la mujer de Miguel Delibes". Algo se ha desgarrado en mí, querida Angelines, a pesar de saberte sentenciada.

Contigo pasé tus últimas horas. Sola te hallé en tu celda esperando a Miguel. Una semana larga llevabas en capilla. Tus ojos, un poco mas hundidos y mas negros que de costumbre, se alegraron al verme. Prorrumpiste en una charla amena habitual en tí, esta vez mas profunda aunque quisieras aligerarla. "Ahora vendrá Miguel. Ha salido un instante. Cuando regrese, distraerle, no preocuparle, está muy deprimido". Y proseguiste: Hace tiempo que me sentía enferma. Pero los médicos en Agosto desaparecen, y con la boda de mi hija en perspectiva no quise que se aplazara por mi culpa, y dejé para más tarde la revisión médica. Cuando el doctor me aseguró que me diría la verdad sobre su diagnóstico, me eché a temblar. "Si no tengo solución no me lo diga, prefiero ignorarla" Y me soltó un ¡Latina! como un taco. Comentó que una nórdica siempre exigiría la verdad. ¿Como reaccionaste tú cuando te operaron?

La tranquilicé: no recogí el resultado de la biopsia. La víspera me había comprado un abrigo de castor blanco como mortaja si llegaba el caso.

- ¿Sabes que lo que me ha prometido Miguel si salgo bien? Llevar su cazadora al tinte.

Riéndose se levantó ligera como una pluma, y acercándose las fotos de la boda de su hija, fué mostrándome uno a uno a sus hijos, a sus nueras, a su nieta "mírala, negra y delgada como una gitanilla" Sus ojos brillaban de orgullo.

- Estás casando a tus hijos en cadena. ¿Cuántos te quedan por casar de los siete?

- Dos. Yo que no me preocupo del vestir, cuando tengo que ir a algun sitio con Miguel, pregunto a mis hijas ¿que traje me pongo, el de la última boda o el de la segunda? Y es que solamente me hago un vestido bueno con motivo de una boda familiar. Cada vestido lleva el nombre de un hijo mío, así los distingo.

Le comento que las madres se dividen en dos clases: las de la manzada podrida y las de la manzana sana. Despierto su curiosidad y trato de colmarla.

Conocí a una madre de familia numerosa que al llegar a los postres instintivamente escogía la fruta de peor aspecto pensando en los demás. Pero un día, comieron frente a frente solamente ella y su hijo mayor. Solo había dos manzanas, y el hijo adelantándose eligió la manzana sana. Por primera vez la madre comentó ofendida: podías haber escogido la mala. Sorprendido el hijo exclamó: ¡Pero madre, es que



MIGUEL DELIBES
FUNDACIÓN
MIGUEL DELIBES

no prefieres la pasada !

Por un momento creí que Angelines olvidaba su mal al reír infantilmente reconociendo pertenecer a la manzana podrida. Pero no fué así y continuó:

Voy a contarte una anécdota absurda para que compruebes hasta qué punto estoy obsesionada con mi enfermedad y mi ausencia si llega el caso. El otro día, mis hijos me sorprendieron absorta y preocupada, sobresaltándome al oír "¿ En qué estás pensando tan taciturna?" Estoy preocupadísima, les dije, porque si yo faltara quien traería el dinero a esta casa....? Todos al oír mi incongruencia, incluso yo misma, nos quedamos atónitos. Y es que estoy asustada de qué será de Miguel sin mí, tan acostumbrado está a mí que tendría que aprender a vivir de nuevo.....

Y llegó Miguel seguido de los hijos, pálido, enjuto, luciendo la dichosa cazadora. Y te dió la razón: la prenda tiene solera en exceso.

Os arranqué de la habitación que se había hecho chiquita, agobiante, y en mi casa, tan solo distante unos metros de la clínica, os cobijé a tí, a Miguel, a tus hijos y a tu nieta. La gitanilla, como toda niña que se precie de serlo, lloró para terminar riéndose y dando manotazos a todo lo alcanzable. Derrochabas vida por todos los poros de tu cuerpo. "Mira Miguel, se ve el capó, no hay humo. Aquí serías feliz" De todo te admirabas, de los muebles, de los cuadros, de las plantas y hasta de las caracolas. Por todo te interesabas; las fotos de mis nietos te inspiraron un chorro de preguntas. Tu charla era un torrente inagotable como intuyendo el silencio eterno. Emanabas esa sencillez innata en tí que siempre hacía a todos sentirse a gusto. Una vez alguien me preguntó como eras. Sin vacilar contesté: como una amapola.

Miguel había conseguido cazar a la nieta, y en un extremo de la habitación lograba entretenerla. El tiempo pasaba rápido, irreal. Se oyó la voz de Miguel: "Es la hora, nos esperan". Tomaste conciencia de lo que esto suponía. Pulsé tu emoción. Te besé susurrándote al oído: ¡Hasta pronto!

Leonor Mengotti



